

toria de España. La lectura de la prensa europea de la época, enriquecida por los fondos de los principales archivos franceses, británicos e italianos, no sólo permite seguir la evolución de las conspiraciones republicanas y carlistas contra el régimen de Cánovas, los intentos de coordinación de la política antiterrorista en el último cuarto de siglo o la organización del anarquismo español en Francia durante la Dictadura. Por encima de todo, ayuda a entender el fe-

nómeno de la violencia política en el contexto más amplio de la modernización de la sociedad europea. En conclusión, el trabajo de Eduardo González Calleja puede considerarse como un buen ejemplo de esa «nueva historia política», abierta y rigurosa, que se perfila como una de las tendencias más prometedoras de la investigación actual en nuestro país.

HUGO GARCÍA

Carlos Gil Andrés,
Echarse a la calle. Amotinados, huelguistas y revolucionarios
(*La Rioja, 1890-1936*),
Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza, 2000

Pocas veces el conflicto social latente se traduce en protesta manifiesta. Para emprender su análisis histórico, las deficiencias hemerográficas y documentales de algunas épocas y acontecimientos —que, cuando lo hacen, sólo reseñan los sucesos y protagonistas más importantes— añaden una divertida dificultad «extra», al impedir normalmente conocer toda una serie de acciones colectivas menores, cotidianas, vividas con cierta rutina, así como actos de desobediencia individual, anónima y oculta, que socavan el consenso social basado en la aquiescencia y que nos pudieran indicar brechas de conflicto. A pesar de estas dificultades, continúan realizándose estudios sobre lo que M.

Pérez Ledesma denominó la *lucha popular*. Algunos estudios, bien sugerentes.

El libro que nos presenta el joven historiador Carlos Gil Andrés resulta, por diferentes motivos, una investigación excéntrica —*fuera del centro*—, respecto a la labor predominante en la historiografía española actual. Posicionamiento éste en los márgenes que resulta tan fructífero como, al igual que en el debate político, poco de moda.

En primer lugar, por el objeto de estudio elegido. Un análisis de la acción colectiva disruptiva —entendida en palabras del propio autor como «el conjunto de acciones no institucionalizadas protagonizadas por la «gente común»— un sector mayoritario de la población diferenciado por

su situación económica y su posición subalterna respecto al poder —para manifestar de forma pública su insatisfacción, llamar la atención sobre las causas de su descontento, exigir mejoras en sus condiciones de vida o reclamar derechos sociales y políticos—, y de todos los elementos sociohistóricos que concurren en su configuración (ejemplo, bases y redes sociales, herramientas y tradiciones culturales, experiencias de acción, lenguajes propios, formas de organización, construcción de identidades colectivas, valores e intereses prototípicos, ciclos de protesta, oportunidades para la acción, etc.). El lector tendrá en sus manos un estudio empírico, sistemático y pormenorizado, de las diversas formas de participar en la política que fueron desplegando los sectores populares riojanos en los casi cincuenta años que transcurrieron entre la década última del siglo XIX y el arranque de la guerra civil de 1936; abordando, por tanto, los modos propios de *hacer política* de sectores sociales marginados del conjunto de actividades institucionales relacionadas con los asuntos públicos.

En segundo lugar, por tratarse de una investigación de historia local —tan denostada injustamente por algunas voces significativas de la disciplina al aludir al exceso y explosión de «localismo» en la producción científica reciente—, que presenta la virtud instrumental de evidenciar cómo el conoci-

miento de lo local puede ayudar positivamente a las investigaciones comparativas y a colaborar en el entendimiento de los procesos históricos fundamentales de las sociedades contemporáneas; facilitando por lo mismo la construcción de hipótesis y proposiciones de carácter general.

En tercer lugar, por su *mestizaje disciplinar*, en cuanto investigación que muestra las posibilidades de hacer análisis histórico empírico con un contenido teórico metodológico fuerte y explícito. Pertrechado de las herramientas conceptuales aportadas por el debate internacional acerca de la acción colectiva y los movimientos sociales entre historiadores y científicos sociales (véase, ciclos de protesta, oportunidades políticas, identidades colectivas, recursos para la acción, etc.), Gil Andrés demuestra con este trabajo como la investigación empírica puede y debe sustentarse sin estridencias en un marco teórico definido, con premisas explicitadas desde un principio (racionalidad de la acción colectiva, multicausalidad y dialéctica en su configuración y desarrollo, falacia de la apatía congénita del mundo rural, etc.).

En cuarto lugar, y estrechamente vinculado con el anterior punto, por su posicionamiento epistemológico, crítico tanto en cómo *hacer investigación* como con las formas de observación y acercamiento a los sucesos históricos, que se ha hecho hasta ahora. Y es que, más allá de de-

sarrollarse como una narración exhaustiva de acontecimientos de desórdenes públicos o de ser una mera sinopsis notarial de todo fenómeno manifiesto de conflicto social acaecido en el marco cronológico y espacial acotado, el libro de Gil Andrés es un ejemplo de investigación empírica que proporciona una visión de la conflictividad social *desde abajo*, donde el ámbito prioritario de atención es, por ello mismo, la calle, ese lugar donde los sectores marginados de la política convencional *hacen política* a su modo. Huelga comentar que esta perspectiva no responde meramente a una táctica expositiva sin más, sino a un premeditado ataque a la perspectiva historiográfica convencional *desde arriba*, que acrítica y tradicionalmente nos ha hablado de apoliticismo y apatía cuasi natural del agro español. La elección de La Rioja como objeto de estudio, en cuanto paradigmático caso local y rural, sirve para intentar poner en cuestión una caracterización de la España rural que ha hecho hincapié en la completa desmovilización social del pueblo conseguida por una eficaz maquinaria caciquil engrasada por el sistema político. Como señala el propio autor: «Que las voces del pueblo no se escuchen en las Cortes no quiere decir que, a su manera, no participen en la política».

En quinto lugar, resulta especialmente agradable observar la progresiva generalización entre historiadores y científicos socia-

les de honestas declaraciones de intenciones —y de puestas en práctica de las mismas en la labor investigadora—, que destierran de principio toda ilusión de aséptica imparcialidad; asumiéndose al caso por nuestro autor un esfuerzo por controlar cierto riesgo de romanticismo —por reconocerse cierta simpatía por los vencidos y marginados de la historia—, que demuestra página a página ir paralelo con la búsqueda de rigor y objetividad: parece claro que la labor del investigador encuentra su mayor dificultad no tanto en una labor de recolección exhaustiva de datos, como de elección de fuentes de referencia, y de *manejo* de los espacios indefinidos de valoración e interpretación subjetiva de los acontecimientos. Y en esto, los resultados parecen avalar las intenciones.

Para aquellos investigadores interesados en el estudio de la protesta y movilización social, este libro de historia local rural resultará especialmente sugerente al plantearse preguntas deficientemente abordadas en obras de historia de los movimientos sociales de mayor envergadura cronológica y espacial. El mismo autor nos da pistas: ¿Qué nos explica unas veces la participación de individuos y grupos en acciones de protesta colectiva, y que otras permanezcan al margen, aún pareciendo existir motivos idénticos? ¿Cómo influyen los condicionantes económicos, la estructura social y la práctica

político-institucional cotidiana en la *geografía de la protesta*?, ¿cómo explicar los *ciclos de la protesta*, entendidos como concentración cronológica de sucesos de alteración del orden público y períodos de innovación de formas de protesta?, y ¿cómo puede integrarse convincentemente en el análisis los períodos *interregno* donde se combinan las acciones locales directas del viejo repertorio con el de acciones de carácter nacional del nuevo repertorio?

La multicausalidad en la configuración de la génesis y desarrollo de la protesta es la respuesta de base del autor riojano. Multicausalidad organizada en el esquema argumental a partir de ciertas consideraciones antes reseñadas: de forma sucinta, para Gil Andrés, la población rural actuó *racionalmente* de acuerdo a estrategias que priorizaron la mejora de las condiciones generales de existencia. Conflicto y consentimiento, por lo mismo, no fueron realidades separadas. La complacencia y «pasividad» de los sectores populares hacia la realidad del patronazgo y la práctica clientelar no fueron sino una respuesta adaptativa a la forma en la que se materializó el poder político en el ámbito local, donde las elites operaron como intermedias entre la comunidad local —entendida como sistema de intereses y valores— y un Estado español todavía caracterizado a comienzos del siglo xx por una débil capacidad de penetración (véase la regulación del precio

de subsistencias y del mercado de trabajo, el reclutamiento y exención y quintas, la recaudación de tributos, la gestión pública de infraestructuras locales y el mantenimiento cotidiano del orden público, etc., en manos de las oligarquías locales). Esta forma de práctica política en la vida municipal basada en la *negociación asimétrica* indicó significativamente las posibilidades de emergencia de la protesta popular, y la persistencia de formas características del viejo repertorio de acción colectiva, locales, directas, y violentas.

Sin embargo, como señala Gil Andrés, las formas de disidencia colectiva manifiesta —conocidas y accesibles a través de las experiencias avaladas por la costumbre y la tradición— no fueron respuestas mecánicas y descontextualizadas: de forma progresiva, los cambios estructurales en las sociedades capitalistas de principios del siglo xx afectaron también a una sociedad agrícola como La Rioja (fundamentalmente, con la aparición de actividades del sector secundario y terciario), comenzando a solaparse las «viejas» reivindicaciones —presentadas en cuando *consumidores*— con las «nuevas» demandas —protagonizadas en cuanto *productores*—. Igualmente, los cambios en el sistema político (véase sufragio masculino universal, libertad de asociación, etc.) durante la Restauración abrieron oportunidades para el despliegue de acción colectiva, al facilitar la extensión y generalización de nuevos recur-

sos organizativos (sindicatos y partidos) y culturales (identidad colectiva obrera, socialismo, anarquismo, conservadurismo católico, etc.). La combinación de los efectos de estos cambios sociales y políticos (urbanización, liberalización, industrialización, alfabetización, *mass media*, etc.) ofreció una plataforma propicia para la generalización de nuevas formas de acción colectiva. Sería para mediados de la década de los diez del siglo xx, cuando el mitin, la huelga y la manifestación —formas propias del «nuevo» repertorio— concurren como formas convencionales de protesta. No obstante, hasta las políticas de reforma de la Segunda República, amplios sectores populares todavía permanecerán marginados del sistema de participación y reivindicación políticos, forzando a *echarse a la calle*, a actuar por cauces extrainstitucionales, conocidos, como única forma factible de hacer públicas demandas colectivas. En este sentido, Gil Andrés nos muestra convincentemente cómo será el progresivo incremento de la eficacia del Estado para ejercer en diferentes actividades cotidianas de la vida comunitaria (fiscalidad, servicio militar, gestión administrativa, etc.), el catalizador que propiciará el traslado, desde la esfera local a la escala nacional, del *locus* hacia el que se dirigirán las demandas populares; y por lo mismo, del *molde* mismo de la protesta colectiva popular. En este sentido, los análisis específicos de modos de disidencia po-

pular frente al sistema de quintas ejecutando por el ejército y el fenómeno del anticlericalismo son una muestra de este proceso.

Con análisis detallados por la evidencia empírica documentada, Gil Andrés muestra como la conflictividad en el ámbito rural ha sido un fenómeno «continuo y complejo», donde campo y ciudad no han sido reflejos de dos *Españas de la protesta*, respectivamente. Al cuestionar en la investigación la caracterización explosiva e irracional de las acciones de protesta, y al explicar el conflicto social por una interacción —no siempre lineal ni predeterminada— de cambio social estructural, conflictos y experiencias preexistentes como tradición y costumbre comunal, la acción estatal; se aboga por un recorrido de un período convulso de la historia española desde claves completamente diferentes a las que estamos acostumbrados a observar.

Como nos ejemplifica este estudio contra ideas estereotipadas y determinados análisis históricos convencionales, es en la persistencia de rasgos culturales y formas de resistencia tradicionales, en las transformaciones económicas capitalistas y en la apertura/cerrado de oportunidades políticas (véase políticas de reforma, gestión del orden público, legislación, centralización administrativa, etc.) donde puede encontrarse variables concurrentes en el proceso *poliédrico* de construcción popular de la protesta.

En definitiva, un estudio que analiza la coexistencia a lo largo de los años de los momentos de pasividad y subordinación, con los de manifestación pública y

protesta, en una arena social permanentemente conflictiva.

FRANCISCO M. PALOMA

Ángel Duarte,
*La República del emigrante. La cultura política
de los españoles en Argentina (1875-1910),*
Lleida, Editorial Milenio, 1998

Un libro dedicado al afable recuerdo de Juan Carlos Grosso provoca, de antemano, una curiosidad por hallar en él las muestras de profesionalidad y de buen trabajo que tanto gustaban al gran historiador americanista. Puede afirmarse que el trabajo de Duarte ha cumplido con las expectativas. A lo largo de sus páginas realiza una cuidadosa reconstrucción histórica sobre un grupo de republicanos españoles que emigraron a la Argentina en el último tercio del siglo XIX. La investigación es rigurosa. Confronta la información a partir de diferentes fuentes como la prensa, los informes de la Legación española en Buenos Aires presentes del Ministerio de Asuntos Exteriores, y memorias —algunas muy oportunas para este tipo de trabajos (como la de Rafael Calzada, *Cincuenta años en América. Notas autobiográficas*, 2 vols., Buenos Aires, 1926). Además, se vale de la bibliografía más actualizada para fundamentar el análisis de los problemas y conflictos detectados en el de-

sarrollo del proceso. Lo cierto es que, como bien lo dice José Álvarez Junco en el prólogo del libro, es muy poco lo que se sabía sobre esa comunidad hasta la aparición de este trabajo. Puede que el tema haya pasado desapercibido por el tipo de dificultades metodológicas que presenta su abordaje y que el autor confiesa haber encarado a la hora de comenzar su investigación. Primero, el mismo concepto de emigración política o «exilio» no parece encajar del todo a la salida de contingentes de población española hacia América Latina en las últimas décadas del siglo XIX. La emigración estaba más bien relacionada con el afán de superarse económica y socialmente, y respondía menos a cuestiones políticas. No obstante, algunos sujetos que lograron y superaron esa etapa, iniciaron un más o menos explícito proceso de politización de las colectividades radicadas en el exterior. Segundo, la historiografía siempre ha contemplado el fenómeno de la emigración española como resultado de una coyun-